

CAPÍTULO V

LA RECEPCIÓN

Aquella Margarita que vimos triunfante y desesperada en el famoso baile de la embajada inglesa, ha vuelto otra vez al gran mundo, precisamente cuando se había perdido la esperanza de que luciera nuevamente la luz de sus encantos en el cielo de los salones.

La primera *recepción* había sido un verdadero acontecimiento, cuya gloria se atribuía á la baronesa de E..., orgullosa de haber sido ella la autora de tan fausto suceso; y, en honor de la verdad, justo es concederle que había trabajado como una negra para conseguirlo; falta saber si Margarita cedió al fin, vencida por las razones de su amiga, ó se rindió impulsada por motivos ocultos que hasta entonces, por lo menos, nadie había penetrado.

Sea lo que quiera de esto, el caso es que lo más ameno, lo más florido, lo más exquisito de la buena sociedad acudía todos los jueves á la casa de Margarita, donde, como debemos suponer, se pasaba muy bien la noche. Montero tenía su partida de tresillo; Luis, que no siempre asistía á estas reuniones, hablaba con las personas graves, de artes, de literatura, de política y de leyes; y Margarita, acompañada siempre de la baronesa, hacía los honores de la casa con esa distinción particular que sólo adquieren las mujeres de verdadero talento, y que constituye por sí un modo de ser aristocrático á que todas aspiran y muy pocas llegan.

Como acuden las mariposas á la luz y las moscas á la miel, acudieron alrededor de Margarita los más notables conquistadores de salón, que la celebridad de algún escándalo más ó menos curioso había puesto en moda; porque si bien es cierto que la señorita de Miramar no ofrecía ya el poderoso atractivo de su pingüe mano, en cambio sus méritos personales la hacían excesivamente apetecible para aquella turba de corazones ansiosos de ruidosos afectos. Pero la señora de Góngora no era ya la niña mimada de los señores de Miramar, y á la ligereza de los veinte años había sucedido el aplomo de la mujer que conoce el mundo, y que, sobre todo, tiene un vivo sentimiento de su virtud y de su decoro. Así es que detenía á respetuosa distancia las impertinentes lisonjas de sus admiradores con tan delicada finura, que no era posible encontrar en su conducta motivo alguno de resentimiento, y hasta la maledicencia, pronta á clavar su diente envenenado, se veía obligada á guardar silencio. De manera que Margarita alejaba de sí hasta las más ligeras apariencias. Es más: la afable majestad de su porte y la sincera cordialidad de su trato empezaban á servir de modelo, y por la imperiosa fuerza del contraste, las mujeres calaveras iban cayendo poco á poco de su pedestal, apareciendo á los ojos de las personas más sensatas como mujeres vulgares, de malísimo gusto, cosa en la cual no habían reparado hasta entonces.

Ello era que su aparición en la buena sociedad empezaba á producir una revolución, ó, mejor dicho, una reacción, inadvertida en el modo de ser del gran mundo.

Había sido, como ya sabemos, la reina de la moda, y ahora, como vemos, es la reina de las costumbres. Se servía de su belleza, de su fortuna y de su talento para imprimir en el trato de las gentes de buen tono la amable austeridad, propia de los caracteres verdaderamente aristocráticos. A los veinte años ejerció el doble imperio de sus

atractivos y de su lujo; á los veintiséis ejerce en el mundo brillante de los devaneos, de las vanidades y de los placeres la crítica del ejemplo.

Dichosa la sociedad donde la virtud sea venerada por sí misma; pero ¡ojalá que se encontraran algunas mujeres que, como Margarita, se propusieran poner la virtud en moda!

La misma baronesa, que si no era del todo un *espíritu fuerte* podía pasar muy bien por *espíritu libre*, reprimía delante de Margarita la intemperancia habitual de sus genialidades. Sin saber cómo, su lengua de almíbar para encarecer los encantos personales de Margarita, no encontraba ya con tanta frecuencia las frases entusiastas que la lisonja ponía en su boca. Le parecía Margarita más bella, más elegante más espiritual y hasta más fresca, y, no obstante, las más lisonjeras palabras se detenían en sus labios porque no se atrevía á pronunciarlas.

Estamos en la noche de la tercera *recepción*. La baronesa llegó tarde, circunstancia que quiso explicar, y más le valiera no haberlo intentado, pues sus explicaciones despertaron la curiosidad sin conseguir satisfacerla; y nunca llegó á saberse con certidumbre de dónde venía en aquel momento, porque se contradecía de tal modo, que despertaba en los más inocentes cierta sonrisa y en los más maliciosos ciertas sospechas. Y lo más curioso del caso es que en su aturdimiento no reparó en la presencia de su marido, que era un buen hombre, lo cual no es absolutamente indispensable para ser sordo, así es que oyó á su mujer que, besando á Margarita, excusaba su tardanza diciendo:

— Querida mía, hasta ahora no he salido de casa.

— ¡Cómo! — exclamó el marido con impertinente inocencia. — ¿No saliste después de comer?

Tan inesperada pregunta desconcertó á la baronesa de tal manera, que ya no dió pie con bola. Pero estaba allí

Margarita, que la puso bajo el amparo de su bondad, pronunciando muy formalmente las siguientes palabras:

— No sé si mereces que yo salga á tu defensa en la tribulación en que te hallas; pero yo no puedo negártela, aunque veo que intentabas engañarme. Señores, añadió volviéndose á los circunstantes: tengo algunos pobres á quienes socorro y á quienes visito, y la baronesa me los roba, anticipándose á mis visitas y á mis limosnas. He aquí el secreto que ha pretendido ocultarme.

Al hablar así Margarita no mentía, porque la baronesa, aspirando á imitar en todo á su amiga, tomaba la caridad por moda; y algunas familias desvalidas, á quienes Margarita socorría y visitaba, recibían á la vez socorros y visitas de la baronesa, como si fuera más elegante y de mejor tono amparar á los pobres de que aquélla cuidaba, que á otros igualmente infelices y desamparados. Margarita, pues, no mentía al hablar del modo que hemos visto, antes bien se servía de la verdad para detener las suposiciones de la malicia, un tanto justificadas.

La baronesa no tuvo nada que replicar, y bajó la cabeza; mas su marido, que deseaba, por lo visto, enmendar la imprudencia de su anterior pregunta, se apresuró á decir:

— Ciertos son los toros. Vean ustedes; se ha puesto encarnada como una novicia.

En aquel momento se acercó á saludar á Margarita el arrogante brigadier que hace poco tiempo conocimos en el palacio del banquero; en él fijó la baronesa la mirada más atractiva de cuantas componían el repertorio de sus miradas. Por su parte el buen mozo no se mostró ingrato á tan señalada muestra de particular aprecio, y dejó entender que deseaba la amistad, que, digámoslo así, se le ofrecía. No era la baronesa para nuestro hombre la conquista de un corazón que diera mucho lustre á su fama; pero es

el caso que se dejaba querer. En cuanto á ella, no cabía en sí de satisfacción; era un triunfo excesivo para su vanidad de mujer la correspondencia que encontraba en aquel hombre célebre por sus aventuras; mas se contenía delante de Margarita, reduciendo sus impacientes insinuaciones á los prudentes límites de un cauto *coqueteo*.

Entre tanto paseaban embebidos en larga conversación, deteniéndose de vez en cuando á contemplar los objetos de arte que enriquecían la galería en que se hallaban, Luis y Valle-alegre, el famoso abogado y el famoso banquero. Insensiblemente se habían separado del foco de la concurrencia hablando de las novedades del día. El banquero era hábil para dirigir el curso de una conversación cualquiera al punto que á su negocio convenía; pero hacía media hora que empleaba inútilmente los recursos de su amena palabra con este propósito, porque Luis era á su vez muy diestro en eludir las conversaciones que no quería entablar: aunque todavía no resultaba la persona del banquero como parte en el pleito, de que á la sazón se hablaba con diversidad de pareceres entre los hombres de negocios, se pronunciaba el nombré de la persona contra quien principalmente iban á dirigirse las reclamaciones judiciales que Luis preparaba.

Daré en cuanto me sea posible una idea del caso.

Imagínese el lector que algunos años antes de la fecha de nuestro relato había aparecido en Madrid, procedente de América, un español sumamente rico, cuya principal fortuna consistía en *efectos públicos* y en dinero. Valle-alegre, que por entonces no era más que un aspirante á millonario, hizo amistad con el americano, y supo conquistarse su confianza. Dos amigos más, que andaban á caza de gangas, se unieron á Valle-alegre, y entre los tres metieron al incauto Creso en grandes empresas que ellos dirigían y manejaban. Al principio todo fué perfectamente; el dinero



SE ACERCÓ Á SALUDAR Á MARGARITA EL ARROGANTE BRIGADIER

salía de las arcas del americano como un río de oro en busca de ganancias fabulosas, y hubo una época en que el ruido de sus negocios elevó su importancia á tal altura que llegó á ser una potencia. Mas de repente le volvió la espalda la loca fortuna, y se encontró arruinado. Entonces abrió los ojos y vió que sus tres amigos eran ricos. No pudo sufrir este golpe, y murió á los pocos días de conocer su desgracia.

La viuda, reducida á las estrecheces de la miseria, no encontró quien en su nombre pidiera justicia contra aquellos tres hombres, ya poderosos, que habían arruinado su casa. Es verdad que el asunto era muy difícil, y no había manera legal de probar que la prosperidad de los tres socios era culpable. Viéndose desahuciada, recogió cuidadosamente todos los papeles de su marido, y se resignó con su suerte.

El tiempo sepultó este asunto en el olvido, hasta que llegando el nombre de Luis á oídos de la viuda, ésta acudió á él exponiéndole el caso, con circunstancias y pormenores que la brevedad y otras razones me impiden relatar. Luis comprendió pronto que el infeliz americano había sido la víctima sacrificada á la súbita opulencia de sus tres amigos, y quiso examinar todos los papeles que la pobre mujer conservaba. Del examen de estos papeles, que casi constituían un archivo, dedujo la confirmación de su sospecha, y encerrándose en el trabajo asiduo de organizar una prueba que á lo menos llevara al ánimo de los jueces una convicción moral, profunda, trabajaba hacia ya más de un mes, con el noble ardor con que las almas generosas toman á su cargo la causa de la desgracia y de la justicia, y se hallaba resuelto á perseguir á los tres socios, si no con la ley civil, que no alcanza á todas las infamias, á lo menos con la ley de la conciencia pública.

Tal era el estado del asunto en la ocasión en que en-

contramos mano á mano al abogado y al banquero. Éste quiso ser presentado en la casa, y hasta aquella noche no había podido encontrarse con Luis, á quien buscaba con ansia. Decididamente quería hablar de su pleito, pero la ocasión se le cerraba por todas partes. Al fin se decidió á herir la cuestión de frente, diciendo:

— Tiene usted entre manos una especie de pleito que me interesa mucho.

— ¡Oh! — exclamó Luis. — Usted es demasiado amable para imponerme la obligación de hablar de pedimentos después de nueve horas de bufete.

— Lo comprendo perfectamente — se apresuró á decir el banquero; — pero no es del pleito de lo que se trata. Mi interés se dirige hacia una infeliz viuda, cuya deplorable situación ignoraba hasta ahora, y... vamos, con franqueza, yo quiero demostrarle el antiguo afecto que le profeso.

Luis se encogió de hombros, y Valle-alegre prosiguió diciendo:

— Indudablemente puedo ir á su casa y poner á su disposición toda mi fortuna, pero hay delicadezas muy respetables... Al fin yo la he visto en la opulencia, y temo que mis favores la ofendan. Además, no me gusta hacer alarde de mis beneficios. ¿Quiere usted encargarse de este asunto?

Luis miró atentamente al banquero, y éste creyó que vacilaba. Era posible, porque el éxito del pleito era al fin dudoso, y más vale pájaro en mano que ciento volando. Indirectamente el banquero proponía una transacción, pensando que acaso el abogado y la viuda no buscaban otra cosa.

Luis le dijo:

— Puedo asegurar que la infeliz viuda del opulento americano no admitirá el beneficio que el generoso proceder de usted le ofrece.

— ¡Hola! — exclamó Valle-alegre con la risa en los labios y entrando familiarmente, y como quien no quiere la

cosa, en el fondo de la cuestión. — ¿Tanta seguridad tiene en el resultado del pleito que, según dicen, intenta?

— Mucha — le contestó.

— Preciso será creerlo, puesto que su abogado es quien lo asegura; pero usted sabe, Sr. D. Luis, que los tribunales suelen ver las cosas de distinta manera que los más hábiles jurisconsultos.

Aquí Luis ladeó la conversación de tal modo, que el banquero conoció perfectamente que su resolución era invariable, y renunció á nuevas tentativas. De esta brevísima conferencia dedujo que Góngora debería tener algún dato ó documento que pudiera hacer fe en juicio, y se devanaba los sesos pensando si entre los papeles del difunto americano habría alguno que de cualquier modo pudiera comprometerlo. El temor aumentaba la duda, y resolvió apelar al último recurso para impedir un litigio que, cuando menos, iba á ser escandaloso.

Comenzaron á despedirse algunas señoras, y la reunión se fué poco á poco disipando. La baronesa fué de las últimas, y apoyada en el brazo del brigadier bajó la escalera. Detrás bajaba Valle-alegre. Luego que la amiga de Margarita entró en su coche, el banquero atrajo hacia sí al brigadier y le dijo:

— ¡Qué demonios haces!..

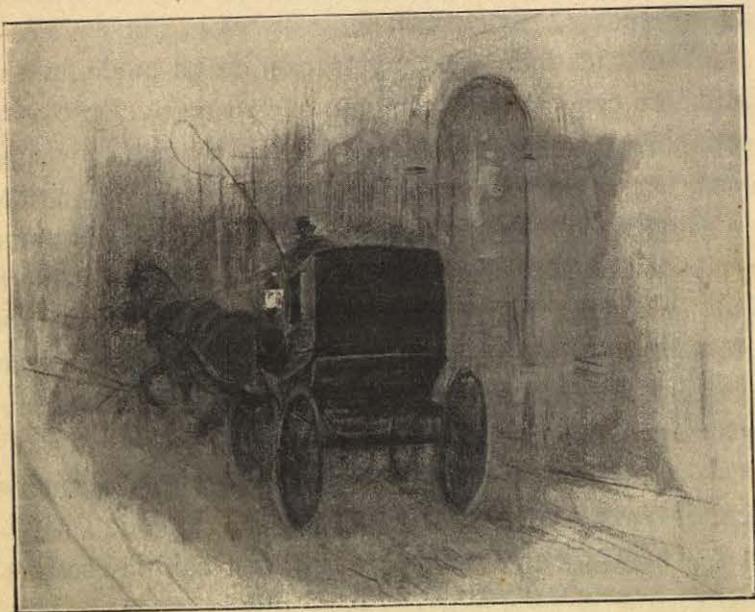
— Jugar por tabla — le contestó riendo estrepitosamente.

— Pues no vas á dar bola. ¿Qué te propones?.. ¿Conquistar el corazón de la caprichosa hada de estos salones, haciéndole el amor á su amiga?.. ¡Infeliz! Eso es crearte un obstáculo insuperable. Margarita es demasiado orgullosa para reconocer la rivalidad de la baronesa. Pretendes que te adore, porque en ello está interesado tu amor propio, y vas á conseguir que te desprecie.

— Es que directamente la señora de Góngora es inac-

cesible. La baronesa es tonta y le hablará de mí á todas horas.

— Eso es ramplón; no haría otra cosa un cadete recién salido del colegio. No adelantarás nada, y acabarás por ponerte en ridículo. No conoces á la mujer que traes entre manos.



Y la berlina partió al gran trote

— Al fin y al cabo será una mujer como cualquiera otra, á no ser que le concedas el singular privilegio de una virtud extraordinaria.

— ¡Virtud!.. — exclamó el banquero, y soltó la carcajada.

— No se trata de su virtud, se trata de su carácter. Margarita no es una mujer vulgar, y todo lo que es vulgar le cansa y le fastidia; es un corazón sediento de novedades; su historia misma te lo dice. Le agradas, y no quiere tus obsequios; quiere que la ames, y no quiere que la enamores.

— ¿Qué quiere entonces?..

— Quiere que la robes.

— ¡Un rapto!

— Lo que oyes: ese es el precio que ha puesto á su virtud y á su amor.

— Pero es imposible.

— ¡Imposible!.. ¿Temerás acaso batirte con el insigne abogado de los pobres?

— No me había ocurrido semejante inconveniente.

— Pues lo demás es llegar y besarla durmiendo. La buena señora hace muchas obras de caridad y visita secretamente á los pobres. Hazte tú también caritativo; háblale de la viva compasión que te inspiran las desgracias del género humano, y no creo que ha de faltarte alguna desventurada que conmueva su piadoso corazón; esta desdichada ha de estar enferma, para que Margarita vaya á visitarla... Pero subamos, subamos al coche y verás cómo se conquista á las mujeres inaccesibles.

— Me propones una violencia — advirtió el brigadier subiendo en el coche.

— ¡Bah! — dijo el banquero. — La violencia de los hombres es la excusa de las mujeres.

El lacayo cerró la portezuela, y la berlina partió al gran trote.